

CUERPO A DIARIO



Gerardo Fernández Fe (La Habana, 15 de enero de 1971) es un novelista, poeta y ensayista cubano. Se graduó en Lengua Francesa en la Universidad de La Habana. Ha publicado dos novelas, *La Falacia* (1999) y *El último día del estornino* (2011); un ensayo, *Cuerpo a Diario* (2007) y tres libros de poesía, *El llanto del escriba* (1992), *Relicarios* (1994) y *Las Palabras pedestres* (1996). Ha trabajado como traductor y profesor de francés en Cuba y en Ecuador. Ha traducido al castellano textos de Roland Barthes, Gilles Deleuze, Antonin Artaud, Emil Cioran y Denis Roche, entre otros autores.

Gerardo Fernández Fe

CUERPO A DIARIO



De la primera edición, 2007:
© Editorial Tsé-Tsé

De la presente edición, 2014:
© Gerardo Fernández Fe
© Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com
Sede social: Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid

Corrección: Gelsys M. García Lorenzo
Diseño de colección y portada: Roger Sospedra Alfonso

ISBN: 978-1499748376.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

para Daniela,
gallaruza, pizpireta;
para Mauricio, noble
como un caballero medieval

*Confesaré lo que de mí sé;
confesaré también lo que no sé.*
San Agustín

De la vida del bibliómano judío Benito Kozman han quedado pocos datos. Uno, que después de años como notario en uno de los barrios más notables de Bucarest, ejemplo digno de un *pathos* de la cordura, de la ley sujeta a la Historia, adquirió la suma de 600 000 libras. Dos, que compró además varias casas, en donde distribuyó aquellos objetos que nunca leyó. Y tres, que en una de aquellas mansiones sin vida, luego de su muerte, fueron descubiertas tras una puerta sin importancia cantidades enormes de libros *de tipo obsceno e inmoral...*

Con esta escena, la de una familia de bien ante el legado impúdico del occiso, el Sr. Kozman ingresa en la cofradía del morbo bífido del libro y de la carne. Sus correligionarios: Richard Monckton Milnes, Barón Houghton, que en su finca en Fryston, Yorkshire, archivaba hacia finales de siglo XIX folios pérfidos, sobre todo aquellos que versaban sobre flagelaciones, incluso reales manuscritos del Marqués de Sade; o el *amante de las torturas*, coleccionista de *títulos muy raros* que exhalaba *un perfume sutil, mitad de iglesia, mitad de alcaoba*, y que tanto inquietara a Julián del Casal.

Mientras que el Kozman-notario, el acaparador de informes y legajos, encarna la utopía de la regla y del sentido común, el otro Kozman, el del monopolio del cuerpo que hierve ante la página, sigue la línea de la primera de las utopías posibles: tratar de huir, aislar el cuerpo de la muerte. Aquí se duplica el *pathos*: Benito Kozman guarda con celo su goce, luego soporta la muerte misma sin mostrar a los otros su objeto de culto. Sin la unción que ameritan los justos, aferrado a las valvas de una pasión (la del libro) por la que fue visto al final como un demente. Y de otra aun mayor. Perversión callada: también (tan bien) neurótica.

Con la muerte de Benito Kozman desaparece el encanto del fetichismo, del acto íntimo con el objeto, para mostrarse la perversión siempre malsana a los ojos de la cordura oficial. Difícil imaginar la escena del hombre frente a sus libros en una recámara húmeda en pleno Bucarest, como difícil la del *voyeur* que comienza a palpar la rigidez en su entrepierna, o la del enfermo que alivia sus escaras. Quizás la real extremaunción del perverso se la conceda él mismo: oculto, sabedor ya de su utopía imposible, en su última visita antes de morir, como despidiéndose, mientras el brillo en la comisura de sus labios demuestra que ha salivado nuevamente.

Al morir su hermano Heinrich en 1950, Thomas Mann descubre en su papelería varias carpetas con cerca de 400 dibujos eróticos que mucho distaban de los timoratos y acostumbrados retratos de familia que el tío Heini solía realizar. Contrario a este tipo de poluciones, ya al final de su exitosa carrera, el bueno de Thomas decide ocultar toda traza infame —*carnales corrupciones del alma*, diría San Agustín. Cincuenta años más tarde aquellos folios son redescubiertos y parte de ellos publicados por la editorial alemana Steidl.



Toda obsesión es perversa. Toda utopía... Sócrates y el silencio. Su no-escritura persigue la virtud, la no-confesión. Su indiferencia a la Muerte es la expresión mayor del extremismo. *No, amigos; hay que concluir con palabras de augurio: permaneced, pues, serenos y fuertes* —aconsejó tras haber bebido la cicuta. No hay *in-dolencia* sino dolor. No hay heroicidad que no ambicione el reparo de la Historia. Aunque no lo parezca, el desapego socrático hacia el suceso de la muerte lo conduce a una nueva forma de vanidad. Nueva extremaunción: óleos de otro tipo. Pero unción al fin. Vanidad tamizada. *Pathos* que se oculta, que es escondido y se atrofia. Sócrates no es ajeno a su cuerpo, a malograrlo con la Muerte. Le duele. Solo que no acepta el discurso agónico: *aparato febril*, al decir de Joris-Karl Huysmans.

De todas las utopías, la del cuerpo es la única a la que no le sobra el *pathos*. Des-esperar. Atribularse, tartamudear ante la piel, ante

los pliegues del sexo —cualquiera de ellos—, además ante el tajo que inaugura la herida. Toda otra utopía a estas alturas merece la broma.

William Styron, en *Darkness Visible, A Memoir of Madness*, accede al sentido de la representación que adquiere la Muerte en los minutos finales del suicida. El teatro final (las sandalias, la vestidura plegada de Antínoo flotando en la última de las cisternas sagradas y los sollozos del emperador Adriano, o la atmósfera de aquella habitación de hotel en Cannes lluvioso, donde fuera encontrado el cuerpo de Klaus Mann el 21 de mayo de 1949) no está desligado de un enunciado falaz, del *sentimiento de melodrama*.

El patriota checo Julius Fucik, autor en prisión del ya célebre *Reportaje al pie de la horca*, fusilado por la Gestapo en septiembre de 1943, no escapa a estos temblores. Si Styron escribe desde la muerte voluntaria, Fucik lo hace en su diario desde la muerte obligada. Tras asumir la tortura como contraparte del Ideal, después del desfallecimiento y de la llaga, su cuerpo mantiene aún el regocijo de la poca carne que conserva. A unos meses de la muerte, casi al final de su testimonio, el escritor narra una escena en la que contempla desde la ventanilla del autocar en el que es conducido al interrogatorio *las calles, la masa de peatones, las mujeres*.

Si puedo contar nueve pares de bellas piernas, me dije una vez, no seré ejecutado hoy.

Vanidad final del condenado. Cuerpo mustio que todavía irradia arrogancia. Confluencia de *pathos*, convicción política, extremismo socrático y boca que aún espuma.

Luego enumera, ausculta con minuciosidad siluetas de cuerpos a la deriva: juguetes del deseo. Incluso hurga, *reconociendo y rechazando con interés apasionado* ciertos accidentes, grutas, lagunas, mientras bajo el lienzo pustuloso de su pantalón de prisionero —por qué no imaginarlo— despuntan los músculos tumefactos del sexo. Erótica del casi-cadáver.

En otro contexto, pero con idéntica estructura, Franz Kafka anota en su Diario el 9 de octubre de 1911: *Si llego a los cuarenta*

años, probablemente me casaré con una chica ya mayor, de dientes superiores salidos, algo descubiertos por el labio de arriba.



También a poco menos de dos meses antes de morir, José Martí se somete al cuerpo desde el lenguaje. Como en ciertas fotos de Robert Mapplethorpe, Martí llega incluso a asumir el reto de relatar el cuerpo despersonalizado, ya sin sexo: cuerpo como figuración, ungido (*Voy como ungido...* —había escrito en carta a Gonzalo de Quesada en diciembre de 1893), aceitoso, en su lubricidad. Desde su hedonismo, sus palabras son las de Platón, las de Marcilio Ficino buscando *una belleza que solo el ojo percibe*. En la manigua —palabra violenta—, al ahora soldado José Martí no le es posible prescindir de su deleite (tampoco quiere), de palabras y construcciones sonoras (*jolongo, tahalí, la piel de la jutía, Domitila, pañuelo egipcio, culantro y orégano; catauro, frangollo, café, cimarrón*), de la vanidad ante un disfrute que únicamente él (¡esa es su certidumbre!) experimenta entre tanta maleza y hombre rudo.

—Ramón, el hijo de Eufemio, con su suave tez achocolatada, como bronce carmíneo, y su fina y perfecta cabeza, y su ágil cuerpo púber, —Magdaleno, de magnífico molde, pie firme, cana enjuta, pantorrilla volada, muslo largo, tórax pleno, brazos graciosos, en el cuello delgado la cabeza pura, de bozo y barba crespas: el machete al cinto, y el yarey alón y picudo.

22 de abril de 1895

El cuerpo ya sin sexo. Martí, en la maraña, a unos días de su muerte. Como el patriota Fucik que no sabe si regresará y que no obstante toma nota de su aventura erótica, Martí, que aguarda el combate, no deja de llevar al cuaderno la impresión de su goce —porque si de algo no se trata es de un cuaderno de notas—, utopía del cuerpo que es también, en su caso, colmo de la imagen, utopía del lenguaje.

—Siguiendo nuestro camino subimos a la margen del arroyo. El tiroteo se espesa; Magdaleno, sentado contra un tronco, recorta adornos en su jiguera nueva: Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel, y chocolate de La Imperial de Santiago de Cuba.

25 de abril de 1895

No hay diario íntimo exento de la idea de la trascendencia. Todo diario se sabe leído. De ahí esta vanidad de comentador, de privilegiado, de quien tiene ojos para ver lo que nadie ve (*Dormimos, apiñados entre cortinas de lluvia*), también de botánico, de taxonomista, del notario-Kozman que acumula cuerpos (legajos) no con prurito de historiador, sino para su complacencia.

Se escuchan disparos a lo lejos. Los cuerpos de la soldadesca corren a sus puestos. Martí continúa ante eso que no ha sido *Diario* sino *Imaginario de campaña*. Media un minuto de riesgo entre la primera bala que abre una herida y la última palabra por trazar. Caligrama impreciso. Sensual.



Hay un momento en los *Diarios secretos* de Ludwig Wittgenstein en que tras la confesión de su entrega a la causa de la raza alemana, el texto se detiene:

De repente un fuego de fusilería de los rusos nos... ¡Dios sea conmigo! No era más que un aeroplano ruso.

Ha cesado la alarma. El buque *Goplana* continúa su recorrido sobre el río Vístula. El soldado voluntario del Ejército Austríaco Ludwig Wittgenstein, dos líneas más abajo, cierra el cuaderno, da por terminado el relato del día 25 de octubre de 1914 y al caer la noche ocupa su lugar habitual tras el reflector del barco.

Se trata de lo que la posteridad ha llamado *Diarios secretos*, el lado oscuro de la papelería del filósofo nunca dado a la luz por los pudibundos administradores de su legado.

El 25 de julio de 1914 el gobierno austríaco decreta la movilización general y tres días más tarde le declara la guerra a Serbia. Ya antes, el joven aristócrata vienés había sido considerado *inútil* para el servicio militar a causa de una hernia inguinal bilateral. No obstante, al tan concurrido llamado de la patria, emparedado entre sentido cívico y conciencia de raza, entre rechazo al movimiento pacifista y morbo por la muerte, Wittgenstein se enrola como soldado voluntario y es designado en el Segundo Regimiento de Artillería en Cracovia, de donde pasa al *Goplana*, un barco torpedero que bordea zonas de peligro y en donde Wittgenstein, en la noche, conduce el reflector que ilumina la rivera enemiga, mientras durante el día, además de dormir y aburrirse, comienza la redacción de este diario que será a la vez cuaderno de notas filosóficas, anecdotario de guerra, confesión recriminatoria y relato de los escarceos impúdicos de su cuerpo, un cuerpo a diario:

Excepto ayer, cada noche al pie del reflector. Duermo durante el día. Este servicio me resulta agradable por cuanto, gracias a él, estoy menos expuesto a la maldad de mis camaradas. Ayer oímos hablar aquí de una enorme batalla que dura ya cinco días. ¡Ojalá fuera ya la batalla decisiva! Desde hace tres semanas, ayer fue la primera vez que me masturbé. Casi no noto en absoluto la sensualidad. Antes me imaginaba siempre que charlaba con un amigo, pero ahora esto no ocurre casi nunca. Cada día trabajo un poquitín. Estoy demasiado cansado y distraído. Ayer comencé a leer los comentarios de Tolstoi a los Evangelios. Una obra magnífica. Pero todavía no es para mí lo que yo esperaba de ella.

2 de septiembre de 1914



Además de fragmentado —como todo diario—, con pausas horizontales, el de Wittgenstein es un diario escindido verticalmente, cercenado en dos bandas por el prurito minucioso de su autor. En el lado derecho del cuaderno, sobre las páginas impares, quedan

esbozados los pensamientos filosóficos que lo acosan aun antes de la guerra y de los que saldrá en esencia el *Tractatus logico-philosophicus*, llevado a término en 1918. En el lado izquierdo, en páginas pares, Wittgenstein da cuenta del costado fictivo, teatral, no menos importante y vital de su existencia. Son líneas escritas en clave, en código sencillo, donde la *a* equivale a la *z*, la *b* muta en *y*, la *c* en *x*, y todas evitan el fisgoneo ajeno, las revelaciones de una carne como todas —aunque taimada, escurridiza, autoculpada— y un espíritu en ascuas.

Ayer fui tiroteado. Sentí miedo. Tuve miedo a la muerte. ¡Lo que ahora deseo es vivir! Y resulta difícil renunciar a la vida cuando se le ha tomado gusto. Pero precisamente eso es pecado, vida irrazonable, falsa concepción de la vida. De cuando en cuando me convierto en un animal. Entonces soy incapaz de pensar en ninguna otra cosa que no sea comer, beber, dormir. ¡Horroroso! Y entonces sufro también como un animal, sin posibilidad de salvación interior. En esos momentos estoy entregado a mis apetitos y a mis aversiones. En esos momentos es imposible pensar en una vida verdadera.

29 de julio de 1916

De ahí que sus comedidos albaceas hayan excluido esta arista sucia al concebir el tomo I de los *Escritos* de Wittgenstein publicados en 1960 por la editorial alemana Suhrkamp.

Al finalizar la guerra, Wittgenstein decide no retomar su luminosa carrera en Cambridge, renuncia a una herencia que lo habría convertido en uno de los hombres más ricos de Europa, brega con su *Tractatus* bajo el brazo de editor en editor, se hace maestro de escuela y en carta a su amigo, el filósofo Bertrand Russell el 1ro de noviembre de 1919 le ruega que venda algunos muebles y libros valiosos depositados por él en la casa *B. Jolley & Sons* de Cambridge unos años atrás, así como que quemé todos los manuscritos —incluido diarios (otros) y cuadernos de apuntes— allí

almacenados. Manchas involuntarias, lagunas voluntarias en el cuerpo del diario.



Los antecedentes del cuerpo en Martí son vastos y probados. Antes del escabroso desembarco en Playitas y a lo largo de todas sus cartas y discursos deslumbra el cuerpo. Y en su esquema mental, justo para explicarse y connotar su *ethos* y su *topos*, su convicción política y un recorrido que sigue la línea de infidencia, presidio, destierro, conspiración y participación plena en la guerra, Martí necesita de ese cuerpo como contrapartida, antípoda, extremo de una balanza, mientras del otro lado, con mayor peso, aparecerá el deber. De un lado el cuerpo, del otro la convicción —léase Patria, luego República—, como mismo un mártir cristiano, en tiempos de Roma, cuyo cuerpo, con vida y razón, ha sido arrojado al ruedo de los leones.

Martí siente su cuerpo, pero además *dice* su cuerpo. El 14 de febrero de 1893, así escribe a Gonzalo de Quesada:

Deséeme salud, aunque con ella o sin ella haré todo lo que debo hacer. Pero a juzgar por lo que sufro, de la cintura abajo debo ser todo una llaga. Callo; pero vivo arrastrándome. Lo que haré, no lo sé, aunque probablemente será, y con más causa ahora, lo mismo que tenía pensado.

Pero Martí se engaña. En toda la obra anterior a sus apuntes de soldado nunca ha hecho silencio sobre los padecimientos de su cuerpo. *El suspirón me dicen algunas gentes*, afirmaba el propio Martí en tono de burla, en México, de incógnito y a finales de 1894, según lo relata Carlos Márquez Sterling en *Nueva y humana visión de Martí*.

Mi tarea va a ser mucha, sea cualquiera mi cuerpo: nuevamente a Quesada dos meses más tarde. *En diez días o cosa así volveré, roto el cuerpo, íntegro el cariño* —en misiva breve a Félix y Andrés Iznaga en diciembre del mismo año. No sería difícil entonces imaginar su físico enjuto, su paso, sus dolores (*su cabeza desgñada, sus panta-*

lones raídos —como apuntara Máximo Gómez en 1892); y no lo es pues él mismo, luego sus apólogos, acudió a ese arte de la agonística tan necesario, como balanza, ya lo he dicho, como sal que cataliza los dulzores de la virtud.

Pero esta lluvia de tormentos a la que está sometido su cuerpo —y que Martí no calla— adquiere el rango de lo trágico, del verdadero martirio, cuando notamos, carta tras carta, de modo cortés pero evidente, también sugerido en sus artículos de *Patria*, que el principal dolor del cuerpo martiano viene de la incomprensión, la injuria y el desdén de sus propios compañeros de lucha. El 2 de febrero de 1893, convaleciente aún de una enfermedad, Martí escribe a José Dolores Poyo:

Rodaré por el suelo, sin cuerpo y sin premio, —sin el premio siquiera de que mis amigos me entiendan y acompañen en hora de verdadera agonía,— pero habré hecho cuanto cabe en alma y cuerpo de hombre.

No hay premio, Martí lo sabe. No hay premio, y esto no es nuevo. Todavía no se han apagado los bríos de la escena grandiosa y polémica de su encuentro con Gómez y Antonio Maceo en Nueva York, octubre de 1884, en la pensión de Madame Griffou, en la que salieron a la luz las reservas de Martí sobre la gestión personalísima de Gómez en los preparativos de la nueva guerra, situación que dio lugar a aquella carta del 20 de octubre en la que acusa un *error de forma*, tras haber sentenciado: *Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento*, texto medular, muestra de lo que Benigno Souza llamó *profilaxis de futuros caudillajes*, intenso empeño republicano que marcará el accionar de Martí hasta la víspera de su muerte.



En 1961, muy cerca de los hornos crematorios de Auschwitz, son descubiertas, ya dañadas por la humedad y el tiempo, unas notas escritas por el judío polaco Zelman Lewental, al parecer perteneciente

a las brigadas de prisioneros que se ocupaban de la limpieza de los campos de exterminio.

Ningún ser humano puede tener una idea de lo que en realidad ha ocurrido. Sólo uno de nosotros, de nuestro pequeño grupo, de nuestro círculo estrecho, podrá darlo a conocer si por azar alguno sobrevive.

El horror indecible, irrepresentable..., sugerido no obstante en cuatro líneas íntimas garabateadas al vuelo, escondidas bajo tierra; escritura que se hace real, posible, como una botella lanzada al mar, única y última forma de dejar testimonio de lo irrepresentable, lo que los ojos han visto y la carne sufrido, pues el grito, la huida, la revuelta, ya no son posibles.

Si el presupuesto del místico es el de narrar lo sublime indescribible, si su utopía es la de escriturar una comunicación con lo sagrado en un gesto que vaya más allá de erizamientos, taquicardias e inmensa alegría, hay diarios límites, textos jadeantes, a escondidas, que ambicionan narrar la otra cara de lo sublime, eso, lo más sórdido, mefistofélicamente innombrable.

Seguirá siendo curioso —e irónico quizás— que en su introducción a la segunda edición francesa (Julliard, 1951) de *Jardines y Rutas*, primero de sus diarios de la Segunda Guerra Mundial, Ernst Jünger, antes capitán de la *Wehrmacht* alemana, se haya referido al diario íntimo como *único modo de discusión posible* bajo un estado totalitario. Tal vez con esto nos obligue a reconocer que únicamente a través de las páginas del suyo, las más de las veces redactadas bajo la tibia atmósfera del hotel *Raphaël* en el París ocupado, al regreso de una cena en el *Ritz* con sus colegas oficiales de orígenes aristocráticos, haya podido confesar sus diferencias con la política de Hitler (representado por razones de seguridad con el pseudónimo de Kniébolo), *fundada en la separación, la división, el odio*. Ha concluido la guerra, nuevamente Alemania ha perdido y en esta a Jünger le han matado un hijo: sólo así pueden leerse las palabras que anticipan sus diarios en vías de publicación.

Pero más allá del *único modo de discusión posible*, pues debate no habrá sino con nuestra propia conciencia, el diario íntimo en tiempos

totalitarios deviene salida, válvula ante la muerte civil, tan grave y cercana a la muerte total.

Precisamente no se trata de muerte civil la que acechaba a Albert Grunberg en París, en 1942, en la misma época en que el capitán Jünger ostentaba una curiosa simpatía por los cementerios (Clichy, Batignolles, Père-Lachaise y hasta un cementerio para perros) o se regodeaba atrapando insectos en las afueras de la ciudad —el *scolytus intricatus*, el *litargus* jaspeado o el pequeño escarabajo *magdalis armiger*—, para lo que llegará a ser, cuarenta años más tarde, una de las más vastas colecciones de coleópteros que pueda haberse conocido.

La historia del barbero Grunberg, judío de origen rumano anclado en París desde 1912 y hasta veterano de la Primera Guerra, puede hoy relatarse en tres líneas.

- ⇒ El 29 de mayo de 1942, todos los judíos franceses mayores de seis años quedan obligados a llevar una estrella amarilla cosida a la ropa, a la altura del pecho y a la izquierda.
- ⇒ Dos meses más tarde se les prohíbe utilizar las cabinas telefónicas públicas y se les obliga a entregar a las autoridades los aparatos telefónicos caseros, corriendo igual suerte los aparatos de radio.
- ⇒ Se ha sabido luego que el 24 de septiembre del mismo año, 1 574 judíos exclusivamente de origen rumano fueron detenidos en París y colocados a la mañana siguiente en el convoy N. 37 Drancy-Auschwitz. El cálculo general para judíos de todos orígenes residentes en Francia sería luego de 330 000 personas gaseadas, aspiradas —como higiénico *vacuum cleaner*— por la máquina totalitaria.

Ese mismo día 24 de septiembre, en la mañana, la policía francesa toca a la puerta de su apartamento; el barbero intuye el resto y escapa para a partir de entonces permanecer escondido durante 23 meses en un cuarto de criada de menos de ocho metros cuadrados, en el sexto piso del 8, *rue des Écoles*, en pleno centro de París, caluroso en verano, sin calefacción en invierno, privado de luz eléctrica, sólo auxiliado por la claridad que penetraba a través de un tragaluz en el techo y visitado esporádicamente por su mujer y por una amiga de la familia, conserje del edificio en cuestión.

Sólo allí, tras el *shock* de la huida, de aquello que llamará *el único drama de mi vida*, Albert Grunberg comienza a redactar las definitivas 1 200 páginas de lo que en un inicio pretendían ser unas Memorias, pero que el jadeo de todas las horas, el silencio y la fragmentación del cuerpo terminaron convirtiendo en *Journal d'un coiffeur juif à Paris sous l'Occupation*.

Es este un diario en situación límite, escrito a tientas entre bocanadas de humo de cigarro, lecturas (*La vie douloureuse de Charles Baudelaire*, de F. Porché) y apenas tres pasos seguidos como gimnasia del día; el diario de un fugitivo, un barbero emparedado, de locuacidad contraída a la fuerza y sobrada fe; un texto de escritura bastarda, sin cuidados del estilo ni giros deslumbrantes —sin oficio, pues el suyo es otro—, pero testimonio de una muerte civil, como anotara el 26 de enero de 1943: *sin atribuirle otro valor que el mérito de poder releerme en toda quietud después de la masacre*.

Entre los papeles que Marcelo Maggi lega a su sobrino Emilio Renzi antes de desaparecer —o ser desaparecido— en la Argentina totalitaria de los 70's —documentos nuevamente en peligro, ocultos y al cuidado austero de su amigo Tardewski—, se halla el *Diario* que Enrique Ossorio, político acusado de traición en tiempos del dictador Rosas, buscador de oro en California, escritor de una novela utópica y finalmente suicida, escribe en su pieza del East River newyorkino, lejos del polvo de la costa oeste.

Respiración artificial: ya antológica novela de Ricardo Piglia.



Recorrer las cartas y artículos de los últimos diez años de José Martí, sólo como prolegómeno, entre tantas cosas, emocional, a sus escritos de soldado, nos deja definitivamente jadeantes, tensos, fatigados. Al insistir en *la falta de acuerdo y socorro continuo entre los cubanos del campo de batalla y los de las emigraciones* que malogró la primera guerra (en *Patria*, 18 de junio de 1892), Martí anuncia uno de los peligros reales que acechan al nuevo proyecto. A ello, súmese

lo que en otro texto llamó *fruslerías intestinas*, de las que él seguía siendo objeto, con el mismo encono con que años atrás, al firmarse el convenio del Zanjón, partisanos separatistas en Cuba y emigrados en Jamaica, la Florida y Nueva York especulaban sobre las supuestas dádivas entregadas a Máximo Gómez por el capitán general Arsenio Martínez Campos.

Ya en Santiago de los Caballeros, presto a embarcar, una vez más Martí toma mano de su cuerpo, exactamente de su carne martirizada por los alfilerazos de algunos de sus iguales, y así escribe a Gonzalo de Quesada:

Viejos y jóvenes, de una región y de otra, odiándose entre sí, y sólo unidos en celarme, se están afilando los dientes. Aquí está la carne. Mi gusto está en el deber, y en cumplirlo sin fatiga y sin ira: y en tener en Ud. un hijo. ¿Quién me quitará, en la pelea rabiosa de los hombres, ese tierno remanso?

Con todo esto llega Martí a las serranías de Baracoa: además de ver en vías de logro su sueño de independencia y de posterior República. Su diario, aun siendo foto deslumbrada y jolgorio del lenguaje, no estará ajeno a la relación escarpada entre su cuerpo y los accidentes políticos que este genera. Si es arduo el ascenso de *la recia loma de Pavano*, difícil el *jatial espinudo* o fría aquella noche en que duerme sin hamaca y un soldado le *echa encima un mantón viejo*, dura ha sido su faena de emigrado: *en lo más difícil, —contento— y muerto*.

Él mismo definió su mejor retrato del exilio en carta a Serafín Sánchez el 7 de febrero de 1893, *a puro ejemplo y médula*, llevando adelante *la mula patriótica*. Casi un año más tarde, una carta dirigida a Fermín Valdés Domínguez comienza con estas líneas: *De la maluquera, y el quehacer de que voy como un mulo, me he dado un salto a Nueva York, a mis cosas*. Y nosotros, en nuestra iconografía mental, junto a la foto del grillete, a la del traje elegante en Jamaica, al cuadro de Arche con la mano en el pecho o al óleo que lo representa cayendo del caballo, deberíamos agregar esta otra, obstinada, en la que Martí tira de la mula pesada de nuestros deseos más sublimes y nuestros humores más umbríos.

También en época de apremios del cuerpo y del espíritu (muerte de su madre, asma, escasez), época de *fantasmas ululantes y ausencia de cabeza*, José Lezama Lima escribe en carta a su hermana Rosita: *Dicha grande, decía en su diario Martí. Sufrir tiene también su dicha, es como si nos desgajásemos y apareciese el ramaje nuevo.*



Retoma Tzvetan Todorov en su libro *Face à l'extrême* el relato de una granjera holandesa en cuya casa permanece escondido un grupo de judíos que han huido de las deportaciones. La atmósfera tirante, los reclamos habituales del cuerpo y la necesidad de un justo *empleo del tiempo*, terminan colapsando precisamente ante la puerta del baño: unos suelen incumplir con el horario acordado; a otros los traiciona un cuerpo en situación límite, ajado, descorrido de su reloj biológico.

Con curiosidad notamos que además de la coincidencia geográfica con el relato de Todorov, en el *Diario* de la niña Ana Frank, al cuerpo, a sus más nimios detalles, a sus miserias, le ha tocado ilustrar —desde lo cotidiano irrisorio en tiempos normales— los flujos menos bárbaros, pero igualmente cruentos, de la *kermesse* nazi.

No se trata aquí del recuento diario en un campo de exterminio, pues tiempo no hubo para los *gaseados* de Treblinka o los prisioneros de Mauthausen. A cada lector, el relato posible, aún horrendo, de lo sucedido con Ana Frank y el resto de los refugiados en *Prinsengracht* 263 a partir de la mañana del 4 de agosto de 1944: descubiertos todos e incluidos como simples números en lo que —con ese estilo eufemístico tan caro a los estados totalitarios— desde el verano de 1941 se conocía como *Solución final*.

A partir del 4 de agosto, una historia por rescribir y de la que sólo tenemos pocos datos: el periplo por separado de campo en campo, unos en Auschwitz, otros en Buchenwald; las muertes de las hermanas Ana y Margot Frank, víctimas del tifus en Bergen-Belsen, a inicios de 1945; mientras Otto Frank, el padre, único sobreviviente, regresa a Ámsterdam, recupera el diario escondido y lo hace público.

Hasta aquí el epílogo de un texto que, más que otra cosa, será el relato implacable de ocho cuerpos en cautiverio, el paso —por qué no, despiadado— hacia una escritura que hurga, aparentemente ingenua pero reveladora hasta lo escatológico de los intersticios menos públicos de la naturaleza humana:

- ⇒ el orinal que la Sra Van Dann trae consigo al refugio en una caja de sombreros: *Sin orinal no me siento en mi casa en ninguna parte* (14 de agosto de 1942);
- ⇒ el empleo del tiempo a la hora del baño; los sitios utilizados para el aseo según el grado de pudor... *Los sábados por la tarde cerramos las cortinas y nos aseamos a oscuras. Mientras una está en la tina, la otra espía por la ventana por entre las cortinas cerradas y curioseosa a la gente graciosa que pasa* (29 de septiembre de 1942);
- ⇒ los cálculos del peso: *Esta mañana todos hemos pasado por la balanza. Margot pesa 60 kilos, mamá 62, papá 70½, Ana 43½, Peter 67, la señora Van Daan 53, el señor Van Daan 75* (14 de octubre de 1942);
- ⇒ la llegada de la primera regla: *Es una lástima que ahora no pueda usar compresas, porque ya no se consiguen, y los palitos que usa mamá sólo son para mujeres que han tenido hijos alguna vez* (2 de noviembre de 1942);
- ⇒ Ana espía con un catalejo las habitaciones de los vecinos (28 de noviembre de 1942);
- ⇒ las recetas de fresa utilizadas como papel higiénico (25 de marzo de 1943);
- ⇒ Ana y las pulgas: *No pocas veces —sólo en los meses, semanas o días de gran calor— ocurre que en el agua del baño se queda flotando alguna pequeña pulga* (29 de julio de 1943);
- ⇒ el sonido del chorro de la orina, *aguas menores*, de madrugada: *Cuando me encuentro en este trance, siempre contengo la respiración, porque en la latita se oye como el gorgoteo de un arroyuelo en la montaña* (29 de julio de 1943);
- ⇒ los horarios del Sr. Dussel en el retrete: *Tres, cuatro, cinco veces al día hay alguien montando guardia delante de la puerta, contentiéndose, impaciente, balanceándose de una pierna a otra, casi sin aguantar más* (9 de agosto de 1943);

⇨ la descripción detallada de su vagina (24 de marzo de 1944); entre otros.

En diciembre de 1943, Ana permanece en cama a causa de una fuerte gripe. El Sr. Dussel, dentista y último de los refugiados, improvisa su función de médico y ausculta a la joven Frank. El día 22 del mismo mes, Ana escribe en su cuaderno: *¿Por qué tiene que estar ese hombre poniendo su cabeza en mi pecho desnudo? ¿Acaso se cree mi amante?*

Ana tiene entonces 14 años.

Y como la verdad del cuerpo siempre pesa, esta suerte de legado impúdico, descarnado, que todo diario íntimo transmite, no vio la luz con todos sus ribetes cuando en 1947 el Sr. Otto Frank decidió publicarlo. Por pudor, por honra a la memoria de su esposa e hijas, por respeto a los otros cuatro refugiados, fueron suprimidos algunos fragmentos, matizadas ciertas expresiones, retocado el estilo poco ortodoxo de la escritora.

No sería hasta 1986 que el Instituto Holandés de Documentación de Guerra publicaría una edición crítica de este diario sin desestimar toda referencia conflictual, vilipendios, malos humores, notas lúbricas, despiadadas, que definitivamente también forman parte —como el caso de la madre que se alimenta de trozos del cuerpo de su hijo muerto en el ghetto de Varsovia en febrero de 1942— de esa urdimbre de hilos aislados, diarios, a veces nimios, no menos vitales y para nada prescindibles en el relato que comienza a coger cuerpo tras la algazara de campañas militares y estados totalitarios.



En el extremo mismo de la cuerda, abocado ya al exterminio, el diario íntimo será también deber de conjura al horror de lo vivido, o mejor, de lo que se está viviendo. A un marco totalmente cerrado se le impone entonces un deber de memoria que en ocasiones se trastoca en deber de escritura. Quien haya permanecido ante la pantalla las ocho horas que dura el filme *Shoah*, documental de Claude

Lanzmann, habrá percibido que el mejor de los testimonios está en lo inenarrable que despiden las miradas de los pocos sobrevivientes y en el silencio imponente de los sitios recorridos en Treblinka. No obstante, y aun si esta realidad deviene colmo de lo irrepresentable —*Auschwitz niega toda forma de literatura*, había sentenciado Elie Wiesel—, hay también una pulsión de relato, léase además un deber de legado, de la que han salido textos tan escalofriantes como medulares.

*No fue sino al final de la tarde que saqué mi lápiz.
Mi primera anotación, más patética y más larga que
todas las siguientes, fue: Sobre mi lápiz logré saltar
fuera de este infierno de los últimos cuatro días hacia la
superficie de la tierra.*

Se trata del diario de Victor Klemperer, profesor de filología románica en la Universidad de Dresde, retirado a la fuerza en 1935 por su condición de ciudadano no-ario, eso, hijo de un rabino de la comunidad judía reformada de Berlín, convertido al protestantismo a raíz de su matrimonio con la alemana Eva Schlemmer a inicios de siglo, pero finalmente reasimilado por el judaísmo —aunque de espíritu liberal, opuesto al sionismo, al bolchevismo y al creciente nacionalsocialismo—, quien en 1940 se ve confinado en una *casa para judíos (Judenhäuser)*, obligado además a llevar consigo, y en horas prefijadas, el brazalete con la estrella de David y una enorme J en su libreta de racionamiento, con el único amparo de su matrimonio mixto (*Jüdischen Mischehen*), que finalmente lo salva de la deportación, o mejor, de la eufemística y siempre latente *reinstalación al Este*, eso que el mismo Klemperer llama *lo desconocido*.

Obligatoriamente todo relato de la vesania nazi termina remitiéndonos a situaciones, topografías y reacciones del mundo animal más pedestre. Al relatar, la primera parábola trazada invoca la fiera de las tropas de ocupación o de los *kapos* que controlan los campos, el arte de rapiña de sus sistemas de selección o el ambiente fétido, larval, de los vagones que llevan a Treblinka o de los refectorios y barracas de Buchenwald. De ahí que en el más lúcido de los diarios íntimos escritos en tiempos del totalitarismo alemán —en donde su

autor no se permite el más mínimo estallido de un sentimentalismo agónico—, Víctor Klemperer haya escrito:

Depuración de la raza como en la España del siglo XV, sí, pero entonces era cosa de la fe, ahora es sólo zoología.

Y es que en uno o en otro de los relatos posibles —el de Ana Frank escondida en los locales contiguos a la fábrica de mermeladas *Opekta*, alimentándose de lechuga podrida cocinada y espinacas; el de Albert Grunberg asediado por las pulgas que trae el verano y la poca higiene de su cuarto; e incluso el de Ernst Jünger, esta vez durante el avance alemán hacia territorio francés en 1940, reconociendo la eufonía fúnebre de la guerra a través de los cadáveres de animales, *caballos todos hinchados con sexos desmesuradamente gordos, moscas azules, verdes y doradas* o avispas que mordisquean sus pieles, anotación del 30 de mayo que choca en irónico contraste con otra, dos meses después, en la que revela haber meditado en su habitación a oscuras sobre la importancia de conchas y caracoles en la arquitectura barroca a partir de su tendencia a la torsión y a la asimetría—, todo tiende al cuerpo, al descubrimiento de sus engranajes menos públicos (Ana describe su sexo; Jünger, ya en París, observa una revista con mujeres desnudas; Grunberg no esconde su alegría tras haber recibido la visita nocturna de su esposa; como antes Wittgenstein, en la otra guerra: sus poluciones, su miedo a la muerte...), trazado al fin sobre las páginas de un cuaderno ajado por el uso, diario de un cuerpo en situación límite, jadeante e inseguro.

El relato —y el retrato— de los testigos de la guerra y de los totalitarismos pasa a través de una pasarela, digamos horizontal, entre lo civil anteriormente vivido y lo ominoso de la experiencia del clandestino, del expoliado, del prisionero de campo presto al exterminio. Visto sobre un plano, suerte de mapa o dibujo de la anatomía de un cuerpo, así como la mística imagina los escalones que impone toda ascensión, o mediante círculos, como lo concibiera magistralmente Dante, todos los relatos coinciden también al trazar otra pasarela —esta vez vertical— que va de una superficie (léase vida, realidad...) fértil, armónica, familiar, hasta las más oscuras profundidades de lo concebible, donde conviven ignominia y fetidez, *lo desconocido* de Klemperer, y que tantos sobrevivientes han clasificado como inenarrable.

No quiero afirmar prematuramente que hemos llegado al último círculo del infierno. A no ser que la incertidumbre sea lo peor.

Mediante esta pasarela vertical, detenido por unos días en un cuartel militar en Dresde y al hacerse de un lápiz y una hoja de papel, Klemperer se imagina garrochista que escapa del infierno y regresa a la superficie. Pero como la política más eficaz del estado totalitario consiste en la ablación de toda vida civil que se salga de sus cánones —y de sus cañones—, el antes catedrático, aun retornado con vida a su *casa para judíos*, termina constreñido a una existencia zoológica, de larva obligada a trabajar a sus sesenta años en la fábrica Schluter, y de termita entre sus libros, en una casa de ventanas siempre cerradas, definitivamente en la oscuridad.



Tras la victoria de los Aliados, otros textos han recurrido a la imagen eficaz y mediática, aunque no menos fiel, de lo sombrío como experiencia: *Recuerdos del más allá*, testimonio de Olga Lengyel, médico de servicio en Auschwitz, o *Al fondo de las tinieblas*, libro de la periodista inglesa Guitta Sereny, quien logra entrevistar, treinta años después y aún en prisión en Dusseldorf, al célebre Franz Stangl, comandante de los campos de Sobibor y Treblinka, así como a sobrevivientes y otros testigos. Pero hay un texto vital para la comprensión detallada de los últimos años del *ghetto* de Varsovia, un manuscrito salvado del fuego que consumió esa parte de la ciudad, que la posteridad ha querido presentar con iguales términos lúgubres: *Del fondo del abismo*, diario íntimo de Hillel Seidman.

Nos separamos lentamente. Uno por uno para no llamar la atención. Salimos por atrás tomando vías inadvertidas. Me eclipso por la calle Krochmalna. Mucha animación. Como siempre. Gentes que se apuran, las mejillas huecas, los ojos apagados. Se precipitan, se construyen un camino a través de la

muchedumbre, corren a la caza de un bocado de pan. Terriblemente preocupados por saber cómo hallarán de qué vivir. En la dura lucha cotidiana contra el hambre. Se defienden para mantenerse en la superficie, para no sucumbir, para resistir. ¿Llegarán a resistir? Tengo la impresión de ver la sombra del ángel de la Muerte extenderse sobre esta masa hormigueante. ¿Llegaremos a resistir? ¿Sobreviviremos?

19 de julio de 1942

Hillel Seidman acaba de participar en una reunión clandestina de personajes (rabinos, maestros jasídicos, líderes de partidos políticos, periodistas...) que se mueven alrededor del Consejo de la Comunidad Judía de Varsovia (*Kehilla*), de hecho la mayor comunidad judía en toda Europa, en la que se les ha hecho saber sobre la inminencia de las primeras deportaciones al Este —*Evacuación (Aussiedlung)*, según el eufemismo nazi—, a lo que ha seguido un debate sobre las posiciones a adoptar. De ahí esa imagen posterior de Seidman saliendo del edificio a hurtadillas, internándose en una masa informe y desinformada que en exacto estado larval, borboteante, se afana en la sobrevida, pero intuye además —cabecitas que corren, roedores que se disputan por una semilla seca— la cercanía de la muerte, como todo cuerpo viviente, bestias que intentan huir de los corrales unos minutos antes del terremoto.

Si bien el diario de Seidman, como todo diario en tiempos totalitarios, no es más que la narración fragmentada de un tormento —el de los 300 000 judíos que fueron recluidos en el *ghetto* de Varsovia y deportados entre julio y octubre de 1942—, con una obvia visión subjetiva y desde el yo testimoniante de su escritor, pudiera decirse que se trata de un diario en donde la masa sufriente desplaza al sujeto, donde se erige un edificio narrativo que privilegia lo histórico, los datos exactos, los nombres reales, en lugar del recuento de los pesares de una sola persona.

Seidman, a la sazón archivista de la *Kehila*, periodista y joven cuadro del partido *Agudes Yisroel* de profesión ortodoxa, va a narrar el día a día desde la óptica del historiador, desdorando su cuerpo para asentar la realidad de todo su pueblo.

Marchamos. En columnas interminables. Miles y miles. Un vistazo hacia delante, otro hacia atrás, y un océano de cabezas. Cabezas descubiertas, cabezas con sombreros, con boinas, con gorras. Sombreros de hombres. Cabezas grises, cabezas negras engalanadas con mechones atrevidos, pelucas de mujeres piadosas y peinados artísticos rizados a la moda en los cabellos rubios dorados de las muchachas, y trenzas de un negro de jade.

28 de agosto de 1942

Puede hablarse entonces de dos masas. Una, retratada magistralmente por la realizadora alemana Leni Riefenstahl —no sin pretensiones de proselitismo ideológico— en su documental *El triunfo de la voluntad*, relato y montaje a partir del Congreso que el Partido Nacionalsocialista efectuara en Nüremberg en 1934, visto hoy como un mapeo sobre las respuestas oligofrénicas de una masa enardecida, odiosamente nacionalista y excluyente; y esta otra de Seidman, en un texto plagado de datos, masa mustia, en movimiento, expoliada, las más de las veces definitivamente conforme, camino a la *Umschlagplatz*, triste punto de embarque con destino a Treblinka.

